

# LA TIARA Y LOS PROFETAS

Renzo Ricciardi

**E**L día 13 de noviembre de 1964, en presencia de los miembros del Sagrado Colegio, de todos los Padres Conciliares, de los observadores de las comunidades no católicas, de los auditores laicos, de los representantes de numerosas Ordenes religiosas y de miles de fieles congregados en San Pedro, Paulo VI bajó de su trono y, llevando en las manos su preciosa tiara, fue a depositarla sobre el altar donde acababa de ser celebrada una Misa de rito bizantino-eslavo, manifestando su intención de ofrecerla como una dádiva simbólica en signo de solidaridad con los que en el mundo sufren hambre y miseria.

Como es consabido, aquella tiara de plata maciza y adornada de oro con el blasón pontificio esculpido en relieve, sobrepujado de una cruz de oro con tres coronas ornadas respectivamente de brillantes, esmeraldas y rubíes, venía de Milán; aquel fino trabajo de orfebrería era un obsequio de los milaneses a su Arzobispo ascendido al Pontificado. Sin embargo, históricamente, aquella tiara venía desde mucho más lejos: de las costumbres rituales de los antiguos Pontífices de Israel.

En los libros bíblicos del Exodo y del Levítico se habla de la preciosa tiara que llevaba Arón, de la lámina de oro puro en que estaba grabado el lema "Santidad de Yavé", y se sujetaba a la tiara en la parte delantera para que el Sumo Sacerdote llevara las faltas cometidas de todos los hijos de Israel. Y en los Paralipómenos I y II se vuelve a hablar de los riquísimos ornamentos del sacerdocio instituido por David

y por su hijo Salomón para el servicio del templo. ¿Cómo no discernir en estos antiguos adornos pontificales israelitas los antepasados de la tiara de los Papas romanos?

Ahora bien; entre el coro de aprobaciones que acompañó aquella donación simbólica se mezclaron —y podían faltar?— voces discordantes para señalar que aquel donativo era cosa irrisoria comparada con las necesidades de los pobres del mundo y con las riquezas del llamado "tesoro de San Pedro". Y también estas voces no eran una novedad, y venían de muy lejos.

En el gran río de la tradición religiosa de Israel, tan rica de fermentos para todos los siglos venideros, la potencia del Sacerdocio tenía su contrapartida en la potencia de los Profetas; las suntuosas ceremonias del templo tenían su contrapeso en las concurridas asambleas de gente humilde alrededor de algún libre y fervoroso glorificador de Yavé. Envuelto en una gastada túnica, la barba y la melena desgredadas, hablaba a sus fieles auditores en nombre de la libre inspiración religiosa. Al Yavé, honrado y venerado en el templo por una numerosa junta de sacerdotes envueltos en vestiduras preciosas, contraponían los Profetas un Yavé protector de las viudas y de los huérfanos, amparo piadoso de los pobres y los necesitados; y gritaban muy alto que los sacerdotes del templo habrían hecho mejor dejando aquellos ornamentos y aquella pompa y viviendo como ellos en la llanura de Jezrael o a orillas del río Jordán.

El contraste entre sacerdocio y profetismo ha pasado de Israel al Cristianismo. A través de los dos milenios de la Iglesia de Cristo muchas voces de profetas se han levantado, en verdad no todos auténticos; y siempre han mirado con sospecha, cuando no con hostilidad, las ceremonias celebradas por el sacerdocio entre resplandor de luces y brillo de ornamentos. Por consiguiente, no debe extrañarnos la respuesta de ciertos sectores de la opinión pública al gesto generoso de Paulo VI, que hizo donación de su tiara con el propósito de iniciar un movimiento mundial en favor de los pobres.

### Papini, un profeta de hoy

El profetismo, cuando se mantiene en las pautas de la ortodoxia, es decir, no degenera en herejía o cisma, solicitando desde el interior de la Iglesia cambio de rumbos y reformas de sistemas, cumple una útil misión y contribuye a la dilatación del mensaje de Cristo en el mundo.

No cabe duda que existe también hoy una corriente profética en la Iglesia; ateniéndonos únicamente a lo que va de este siglo, bastan para demostrarlo los nombres de Leon Bloy y Péguy, de Maritain y Bernanos, de Mounier y Papini, para mencionar sólo nombres de laicos.

Permítaseme destacar uno sólo de entre ellos, el florentino Papini, cuyo libro *Cartas del Papa Celestino VI a los hombres de hoy*, escrito de un tirón en 1945 y publicado el año siguiente, contiene relámpagos de intuiciones verdaderamente proféticas acerca de temas, problemas y actitudes que se han vuelto, en los años sucesivos, siempre más corrientes y actuales, pero que no lo eran en aquel entonces y suscitaban, a la vez, admiración y escándalo. Parece que la Congregación del Santo Oficio había preparado un *Monitum*; salvó a Papini un artículo de *Civiltà Cattolica*, la prestigiosa revista romana de los PP. Jesuitas, donde se hacía observar que el autor había formulado reparos e invocado reformas, pero desde el interior de la Iglesia, lo que no estaba prohibido, pues cada fiel tiene derecho de opinión y de crítica con tal que no se salga del camino de la ortodoxia. Esto provocó una intervención de Pío XII, a quien, sin embargo, el libro resultó algo molesto.

Con su intuición de artista y en su afán de una mayor apertura de la Iglesia, capaz de restablecer el contacto perdido entre el Cristianismo y el mundo moderno, el gran escritor tomó posiciones firmes sobre problemas que en los años sucesivos serían ahondados por insignes teólogos como Daniélou, De Lubac, Balthasar, Congar, Guardini, etc. En sus *Cartas* el supuesto Papa Celestino trataba de la corresponsabilidad de los laicos en la vida de la Iglesia, en su deber de diálogo y de crítica, supuesta la obediencia a la Jerarquía; solicitaba el reconocimiento de errores históricos de los cristianos, en una *mea culpa* despiadada y sincera; tendía los brazos abiertos e invocaba justicia para los judíos; condenaba el colonialismo de las naciones "que se jactan de cristianas" y cuya voluntad

de dominio ha obstaculizado más que favorecido la evangelización de los pueblos de Asia y Africa; afirmaba la necesidad de una más desarrollada teología de la historia, dentro de la cual se debe considerar a las otras religiones como caminos preparatorios y no sólo impedimentos al advenimiento de Cristo al mundo (y la nueva teología misionera está encaminada en esta dirección).

Su análisis acerca de la difusión del ateísmo y la descristianización, como fenómeno de masa, también en el interior de las comunidades nacionales de antigua y arraigada fe católica, contiene anticipaciones que dan en el blanco en su "Carta a los Sin-Dios"; donde, entre las causas del ateísmo, está indicada la caricatura de Dios demasiado a menudo ofrecida por sus propios sedicentes fieles. La "Carta a los cristianos separados", la más bella y emotiva de todas, sostiene una tesis que hoy resulta realística por el enrevesamiento de las relaciones entre las distintas familias cristianas. Admitir que la culpa de la separación fue también de los católicos, definir la unidad como una necesidad común, hacer un llamamiento a la caridad en las relaciones recíprocas, apartando sospechas y desconfianzas en aras de una posible y deseable concordia; todo esto viene a coincidir con los motivos esenciales del nuevo ecumenismo del Concilio Vaticano II.

En fin, Celestino VI, en una Carta dirigida a todos los hombres de buena voluntad (¿no es una anticipación de la *Pacem in terris?*), pide a Dios una intervención directa, la venida del Espíritu Consolador, para subsanar las deficiencias de los hombres, incapaces de transformar su cristianismo de nombre en cristianismo de hecho. No se puede menos de evocar la imagen del Papa que exigió "una nueva Pentecostés" y, por gracia suprema, pudo ofrecerlo a los hombres en aquel Pentecostés de 1963 que el mundo entero celebró en espíritu alrededor de su lecho de muerte, una muerte verdaderamente ecuménica del hombre que había, como un Celestino no de ficción, comunicado "el latido humano de su corazón a cada miembro de la familia humana", fuente de misericordia y de amor más bien que de anatemas y condenas.

Todos sabemos que el Papa Roncalli conoció y admiró este libro cuando era Nuncio en París; que aconsejó su lectura a su amigo Mons. Bernareggi, Obispo de Bérgamo, y acostumbraba leer una que otra Carta a sus visitantes. A juzgar por el resultado, puede afirmarse que las sugerencias del "profeta" Papini no cayeron en saco roto.

### Consejos a "ciertos" profetas

Pero, desgraciadamente, no todos los profetas están a estas alturas ni todos —como pasaba también en Israel— eran profetas auténticos, únicamente animados por el celo del Señor. Aquí mismo, en Caracas, pudimos leer a fines de noviembre, en la columna de un diario capitalino destinada al desahogo de sus lectores, un comentario al gesto de Paulo VI que decía, entre otras cosas:

"A mi modesto entender, la tiara ha sido una donación insignificante. 12.000 dólares USA son una cantidad simbólica para lo que todos sabemos se necesita para paliar tan grave miseria. Los miles de millones de dólares USA que se encuentran durmiendo el sueño de los justos en todas las iglesias del mundo, representados por joyas de inestimable valor; cálices de oro, cuyo valor material no compagina con la función sencilla y modesta que representan en la Santa Misa; casullas de oro y filigrana, contradicción de aquella sencilla y modesta túnica del Mesías; artesanados y altares grandiosos que contrastan con aquel pesebre de Belén, etc.; esas riquezas podrían ser parte de la solución de la miseria porque de esta manera, desprendiéndose la Iglesia de Cristo de sus inútiles y pecadoras (?) riquezas, podría obligar a todo el mundo a hacer lo mismo. Entonces tendría una fuerza moral tan grande para obligar a todos a dar lo superfluo, que entonces sí podría ser cierto el mandato de Jesús cuando obligaba a los cristianos (sic) a desprenderse de sus riquezas para poder entrar en el Reino de Dios. Etc." (El Universal, 26-11-1964)

Este puritanismo barato no es tan sólo un fenómeno criollo; en otras partes se han escrito cosas peores. Últimamente la edición francesa del "Catholic Digest" (Ecclesia - Lectures Chretiennes), dirigida por Daniel Rops, llevó a cabo una encuesta entre sus lectores acerca de la pompa romana en las grandes ceremonias litúrgicas, recibiendo un millar de contestaciones, de las cuales el 57% contrarias. Una selección de estas respuestas ocupa diez páginas de la revista (n. 181 de julio de 1964, págs. 21 a 30).

La gran mayoría se declara disgustada y grandemente extrañada por la pompa romana, sobrevivencia de otra época, anacronismo superado, teatral y hasta escandaloso, una especie de mascarada, un juego de Carnaval heredado de la Edad Media, un ballet profano que no sincroniza con nuestro tiempo, una forma pagana de alabar y rezar a Dios. ¿Por qué, se preguntan algunos, este aparato costoso e inútil, contrario al mensaje evangélico, pues Cristo vivió en la humildad y en la pobreza? "La pompa religiosa escandaliza, cuando hay tanto por hacer por la clase obrera y el hambre en el mundo. El desfile del Concilio, visto en la televisión, hace pensar en una escena de la Edad Media. Las mitras de los Obispos tenían una forma arcaica. Visitadora social, me sentía molesta por las repercusiones en el mundo obrero que frecuento por mi oficio."

"Un obstáculo serio a la difusión de la religión son los honores que se conceden a la Jerarquía y no creo que eventuales reformas disminuirían el prestigio de las funciones pontificales a los ojos de los fieles." Más de uno invoca el ejemplo de Juan XXIII, quien se sentía incómodo por ciertos honores, dignos de "sátrapas orientales" y no del Vicario de Jesucristo. (Es verdad, pero confesó que la silla gestatoria le daba mareo.) "Todas estas cosas provocan las burlas de los incrédulos y el odio de los pobres." A la pregunta: "¿Los hermanos separados esperan del Pontífice y del Concilio también reformas referentes a la Corte pontificia y a los ornamentos eclesiásticos?", la mayoría contestó que sí. Sin embargo, algunos hicieron notar que los ortodoxos y los anglicanos ostentaban una

pompa igual, si no superior, a la romana en sus ceremonias litúrgicas.

Y conste que los que así contestaron no fueron solamente laicos, sino también frailes, monjitas y curas. Un sacerdote, por ejemplo, declara: "No se puede imaginar cuánto mal pueden hacer las emisiones religiosas de la televisión en el medio obrero y campesino." Y las citas podrían continuar por largo rato.

Ciertamente, al crítico caraqueño hay que hacerle observar que, como dice el refrán, "no es oro todo lo que reluce" y, por consiguiente, sus cálculos están bastante exagerados; sin embargo, la tendencia actual de la Iglesia es desprenderse de lo superfluo, sustituir al lujo la sencillez, lo recargado y lo aparatoso de ciertas iglesias con altares y paredes desnudas. Por supuesto, muchos santuarios que son testimonio del pasado no se pueden tumbar.

Es verdad que el lujo de ciertas vestiduras eclesiásticas no está a tono con los tiempos; pero, como buenos católicos, tenemos que creer en las Escrituras; y por algo será que Yavé prescribió a Moisés tanta riqueza de ornamentos litúrgicos, a pesar de que los hebreos eran unos pobres pastores nómadas en el desierto. Y no aparece en los textos que el Hijo de Dios, que no vaciló en echar a los mercaderes del Templo, haya censurado alguna vez sus riquezas. Como dice una lectora que contestó a la encuesta: "Nada es demasiado bello ni precioso para el servicio del altar y el sacrificio de la Misa, inclusive los hábitos sacerdotales." En fin, los apóstoles, es verdad, no conocieron estos lujos; pero no se olvide que las reuniones de los primeros cristianos se celebraban a escondidas, en casas privadas y tal vez en las catacumbas.

El Vaticano es un conjunto grandioso, nadie lo niega; y los salones representativos son lo que se conviene a un Soberano y al Jefe espiritual de 500 millones de católicos; pero los aposentos privados donde vive el Papá son de lo más sencillo y modesto; su cama es de hierro, y el reclinatorio, de madera. (Cada cual puede visitar el apartamento papal, con su permiso especial, cuando el Pontífice está en Castelgandolfo.)

No todos los críticos son profetas, ni todas las críticas concluyentes. ¡Ah, si en lugar de criticar nos empeñásemos en perfeccionarnos a nosotros mismos, en ser mejores cristianos de lo que somos! Sí, todos estamos orgullosos de la renovación de la Iglesia y de la actuación de los últimos Papas, que despiertan el interés y la admiración del mundo entero. Pero ¿qué hacemos por estar a la altura de estas gracias que visiblemente el Señor está concediendo a su Iglesia? ¿No caemos en la cuenta que la Iglesia somos también nosotros, y nuestra conducta no está de acuerdo con la de los supremos Jerarcas?

Dedico a los criticones y a los falsos profetas (su nombre es legión) esta cita de Lanza del Vasto: "Lo que tenemos que hacer no es pretender corregir a la Iglesia, sino corregirnos a nosotros mismos. No encontraríamos tantos defectos en nuestra religión si todos la practicáramos como es debido. La verdad es que la religión tiene un sólo defecto, pero muy gordito: ¡nosotros!"